

9. La Salvación Presente

E. J. Waggoner

Como Dios habita la eternidad, de modo que todo el tiempo es presente para Él, así todas Sus promesas y bendiciones para los hombres están en tiempo presente. No puede haber tiempo futuro ni pasado para Él. Esto lo convierte en «un pronto auxilio en la tribulación», porque solo podemos vivir en el presente. No podemos vivir un solo momento en el futuro. Esperamos cosas en el futuro y tenemos esperanza de cosas por venir, pero el presente es todo lo que podemos tener, porque cuando las cosas esperadas lleguen, serán presentes. De hecho, las cosas que tenemos razones para esperar en el futuro, serán solo la continuación de las cosas que tenemos ahora. Todas las cosas están en Cristo, y Su promesa es: «y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo. Amén.» (Mateo 28:20, RVR1960).

El apóstol Pablo bendijo a Dios porque Él «nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo,» (Efesios 1:3, RVR1960). Las promesas de Dios para el futuro deben ser realidades presentes para nosotros, si alguna vez recibimos algún beneficio de ellas. «porque todas las promesas de Dios son en él Sí, y en él Amén, por medio de nosotros, para la gloria de Dios.» (2 Corintios 1:20, RVR1960). Es por estas «grandísimas y preciosas promesas» que somos «hechos participantes de la naturaleza divina». Las glorias del mundo venidero no serán más que la revelación de aquello que ya tenemos en la presencia personal del Señor Jesucristo dentro de nosotros. La única esperanza de gloria es Cristo en nosotros. «Jesucristo es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos.» (Hebreos 13:8, RVR1960). La palabra de Dios «vive y permanece para siempre.» (1 Pedro 1:23, RVR1960). No tenemos que tratar con una palabra muerta, que fue pronunciada hace tanto tiempo que ya no tiene fuerza, sino con una palabra que tiene la misma vida como si acabara de ser pronunciada. De hecho, nos beneficia solo cuando la recibimos como hablada directa y personalmente a nosotros. «Por lo cual también nosotros sin cesar damos gracias a Dios, de que cuando recibisteis la palabra de Dios que oísteis de nosotros, la recibisteis no como palabra de hombres, sino según es en verdad, la palabra de Dios, la cual actúa en vosotros los creyentes.» (1 Tesalonicenses 2:13, RVR1960). «Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia,» (2 Timoteo 3:16, RVR1960). Todo está en el presente.

Por esta razón, nunca podemos superar las Escrituras. No hay un solo texto en la Biblia que se haya vuelto obsoleto. No hay ninguno que el cristiano de más larga experiencia haya superado, de modo que ya no lo necesite. No hay ninguno que pueda dejarse de lado. El texto que lleva a un hombre al Salvador es el texto que siempre se necesita para mantenerlo allí. Y esto, también, aunque su mente se haya expandido y su visión espiritual se haya fortalecido enormemente; y la razón es que cada palabra de Dios es de profundidad infinita, de modo que a medida que la mente del cristiano se expande, la palabra significa más para él de lo que significaba al principio. El universo parece mucho mayor para el astrónomo que para el hombre que nunca ha mirado a través de un telescopio. Miramos las estrellas a simple vista y parecen muy lejanas. Luego las miramos a través de un telescopio potente, y, aunque podemos ver mucho más lejos con él, la distancia a las estrellas parece ser mucho mayor de lo que lo era con nuestra visión limitada. Así, cuanto más uno se familiariza con la palabra de Dios, más grande se vuelve. Las promesas de Dios, que parecían tan grandísimas cuando se nos revelaron por primera vez, se vuelven mucho más grandísimas cuanto más las consideramos y aplicamos.

La palabra de Dios es «la palabra profética más segura, a la cual hacéis bien en estar atentos como a una antorcha que alumbra en lugar oscuro, hasta que el día esclarezca y el lucero de la mañana salga en vuestros corazones;» (2 Pedro 1:19, RVR1960). Es la revelación de Cristo, quien es la Luz del mundo, por lo tanto, es una lámpara (Salmo 119:105; Proverbios 6:23). Todos hemos oído hablar del joven marinero a quien se le dejó a cargo del timón, con instrucciones de mantener la proa del barco directamente hacia una determinada estrella que se le había señalado, y quien, en unas pocas horas, llamó al capitán y le dijo que quería otra estrella para guiarse, ya que había pasado la primera que le habían dado. ¿Cuál era el problema? Había dado la vuelta al barco y se estaba alejando de la estrella. Así ocurre con aquellos que dicen haber superado ciertas porciones de la Biblia. El problema es que le han dado la espalda.

¿Qué es el Evangelio? «es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree» (Romanos 1:16, RVR1960). Es poder presente aplicado a la salvación de aquel que tiene fe presente. ¿De qué salva el poder de Dios a los hombres? Jesús es el poder de Dios, y de Él se dijo: «Y dará a luz un hijo, y llamarás su nombre JESÚS, porque él salvará a su pueblo de sus pecados.» (Mateo 1:21, RVR1960). «Palabra fiel y digna de ser recibida por todos: que Cristo Jesús vino

al mundo para salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero.» (1 Timoteo 1:15, RVR1960). El Evangelio es el poder de Dios para salvar a los hombres del pecado. Pero es poder presente, porque el pecado siempre está presente. Su poder se aplica solo mientras uno cree. «Porque en el evangelio la justicia de Dios se revela por fe y para fe, como está escrito: Mas el justo por la fe vivirá.» (Romanos 1:17, RVR1960). En el momento en que un hombre deja de creer, es un pecador, exactamente igual que si nunca hubiera creído. La fe de ayer no servirá para hoy, así como la respiración del hombre de ayer no lo mantendrá vivo hoy.

El mensaje del Señor a la iglesia en los días inmediatamente anteriores a Su venida es: «Yo reprendo y castigo a todos los que amo; sé, pues, celoso, y arrepíentete.» (Apocalipsis 3:19, RVR1960). ¿Quién hay que haya superado este texto? Nadie. La bendición llega a quien reconoce la verdad de la acusación del Señor; porque a él el Señor entrará, con una provisión para toda su necesidad. Es el hombre que dice: «Dios, sé propicio a mí, pecador», el que baja a su casa justificado. Y es solo mientras el hombre continúa pronunciando esa oración que es justificado. «Os digo que éste descendió a su casa justificado antes que el otro; porque cualquiera que se enaltece, será humillado; y el que se humilla será enaltecido.» (Lucas 18:14, RVR1960). El apóstol dice: «Palabra fiel y digna de ser recibida por todos: que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero.» (1 Timoteo 1:15, RVR1960). Nótese que no dice: «De los cuales yo *era* el primero»; sino «de los cuales yo *soy* el primero». Y fue cuando se reconoció a sí mismo como el primero de los pecadores, que en él como primero se manifestó la misericordia y la longanimidad de Dios.

Algunos se han preguntado si un cristiano debería cantar estas líneas del bendito himno de Wesley:

«Justo y santo es tu nombre,

Yo soy toda iniquidad;

Vil y lleno de pecado soy;

Tú estás lleno de verdad y gracia.»

El hombre que piensa que ha superado esas líneas se encuentra en una condición lamentable,

pues se está apartando de la fuente de la justicia. «El le dijo: ¿Por qué me llamas bueno? Ninguno hay bueno sino uno: Dios. Mas si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos.» (Mateo 19:17, RVR1960). Por lo tanto, cualquier justicia que se manifieste en un alma debe ser solo la justicia de Dios. Solo el alma que reconoce su propia pecaminosidad se aferrará a la justicia de Dios que es por la fe de Cristo. Es solo por la obediencia de uno que muchos son hechos justos (Romanos 5:19). Y ese uno es Cristo. «Y él es la propiciación por nuestros pecados; y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo.» (1 Juan 2:2, RVR1960). El cristiano de cuarenta años de experiencia tiene tanta necesidad de la justicia que viene por Cristo como el pecador que ahora, por primera vez, viene al Señor. Así leemos de nuevo: «pero si andamos en luz, como él está en luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado. Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros.» (1 Juan 1:7-8, RVR1960). Lo máximo que cualquiera puede decir es que Cristo está sin pecado, y que Cristo se ha entregado por nosotros. Él es de Dios «Mas por él estáis vosotros en Cristo Jesús, el cual nos ha sido hecho por Dios sabiduría, justificación, santificación y redención;» (1 Corintios 1:30, RVR1960). Pero nótese que la limpieza es un proceso presente. Podemos saber que la sangre de Cristo nos limpió del pecado en algún momento del pasado; pero eso no nos servirá de nada. Esa vida es continuamente necesaria, para que la limpieza pueda continuar continuamente. Somos «Porque si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más, estando reconciliados, seremos salvos por su vida.» (Romanos 5:10, RVR1960). Porque Cristo es nuestra vida (Colosenses 3:4).

Así es que «En esto conoced el Espíritu de Dios: Todo espíritu que confiesa que Jesucristo ha venido en carne, es de Dios; y todo espíritu que no confiesa que Jesucristo ha venido en carne, no es de Dios; y este es el espíritu del anticristo, el cual vosotros habéis oído que viene, y que ahora ya está en el mundo.» (1 Juan 4:2-3, RVR1960). Nótese de nuevo el tiempo presente. No basta con confesar que Jesucristo *vino* en carne; eso no traerá salvación a nadie. Debemos confesar, desde un conocimiento positivo, que Jesús *está ahora mismo* venido en carne, y entonces somos de Dios. Cristo vino en carne hace mil ochocientos años, solo con el propósito de demostrar la posibilidad. Aquello que Él hizo una vez, es capaz de hacerlo de nuevo. Aquel que niega la posibilidad de Su venida en la carne de los hombres ahora, por ello niega la posibilidad de Su haber venido alguna vez en carne.

Así, nuestra parte es con humildad de mente confesar que somos pecadores; que en nosotros no hay cosa buena. Si no lo hacemos, entonces la verdad no está en nosotros; pero si lo hacemos, entonces Cristo, quien vino al mundo con el propósito expreso de salvar a los pecadores, vendrá y establecerá Su morada con nosotros, y entonces la verdad estará realmente en nosotros. Entonces se manifestará la perfección en medio de la imperfección. Habrá plenitud en medio de la debilidad. Porque «vosotros estáis completos en él, que es la cabeza de todo principado y potestad.» (Colosenses 2:10, RVR1960). Él ha creado todas las cosas por la palabra de Su poder, y por lo tanto puede tomar a hombres que no son nada, y hacerlos «para alabanza de la gloria de su gracia, con la cual nos hizo aceptos en el Amado,» (Efesios 1:6, RVR1960). «Porque de él, y por él, y para él, son todas las cosas. A él sea la gloria por los siglos. Amén.» (Romanos 11:36, RVR1960).

PT, May 18, 1893